

LA ESCISION

Para evitar tal o cual desastre, nada mejor que prever a tiempo su posibilidad. Nuestro Movimiento ha sufrido algunos por falta de previsión, y si no echa la mirada hacia las situaciones que dentro y fuera de España van a crear de aquí a poco las rivalidades imperialistas, no habrá quien le salve de descalabros casi mortales. Mas para echar la mirada hacia el porvenir es indispensable curarnos de dos males que nos están destruyendo sin que apenas lo notemos. Uno de ellos — el primero y principal — consiste en dar la palabra en las asambleas, en los corrillos y hasta en la Prensa, no a la Razón, sino a la Emoción; no al Juicio, sino al Prejuicio; no al Conocimiento, sino al Sentimiento. El otro — que se deriva del que acabo de citar — es la cobardía con que la Razón, el Juicio y el Conocimiento aceptan, acatan y hasta plauden los gritos desaforados de la Emoción, el Prejuicio y el Sentimiento. Esos dos males se reducen a uno, que es lo que se llama « irresponsabilidad » por no llamarlo ceguera voluntaria, o propensión al suicidio.

La Razón, el Juicio y el Conocimiento no son privativos de un grupo de compañeros, ni en los demás hay que ver la encarnación de la Emoción, el Prejuicio y el Sentimiento. En todos los militantes, sin excepción de ninguna índole, hay su buena dosis de lo primero y de lo segundo. Todos, también, tenemos la obligación de ahogar las voces pasionales para que se oigan las otras. Si queremos ver la realidad que se acerca, nada impedirá que la veamos bien y obremos en consecuencia. Si, por el contrario, nos obstinamos en no verla, o en no mirarla aunque la veamos, o en negarla neciamente cuando la tengamos espejada en la

pupila, lo único que lograremos será engañarnos a nosotros mismos. Que es lo que viene ocurriendo desde hace tiempo. Hay asambleas en que se toma cuerdos a sabiendas de que son desvelados o hueros, simplemente porque halagan a nuestro orgullo, a nuestros resentimientos, a nuestra pereza o a cualquier otra cosa de no mayor valía. Y cada uno de ellos se hace algo así como una larva de polilla en el mismo corazón del Movimiento Libertario.

LA GRAVEDAD DEL MOMENTO

Ya es más que llegada la hora de reaccionar contra esos males. Si la dejamos pasar sin poner enmienda, nos mostraremos propicios a engañarnos con palabras retumbantes, tanto más sonoras cuanto más huecas estén; habrá luego un cortísimo período, en que aplaudamos a quien

con ellas nos regale los oídos; y después, cuando menos lo esperemos, vendrá la realidad a echarle la mano al cuello al charlatán que más levante la voz y a darnos a los demás un puntapié en el trasero. Es menester darse cuenta de que se acercan tiempos difíciles, extremadamente graves, en los que puede perderse para siempre el Movimiento. Todo descuido, todo encogimiento de hombros, toda ilusión, hasta la más mínima cobardía moral o la infima torpeza puede tener consecuencias funestísimas, acaso mucho peores que las que hasta aquí ha tenido la pérdida de la guerra.

Tal incremento han tomado los dos males de que trato, que en cuanto uno los denuncia provoca la preven-

ción, la suspicacia, el recelo. Decir, por ejemplo, que hoy es inútil despotricar contra los responsables de la « No-Intervención » es exponerse a ser tomado por apóstata del ideal anarquista. Y al revés: por anarquista cien por cien es tenido quien se pasa la vida proclamando que no podemos volver a España mientras no se nos dé la garantía de que van a ser respetadas las conquistas que hicimos durante la revolución. Pero no es más anarquista el que más chillaba que el que se muestra más apagado de voz. En el Movimiento Libertario nos conocemos bien todos, y para hacer buena labor hay que partir de la base de la mutua confianza, sin perder un segundo en hacer ver que uno es más fiel que los demás. Al sucederse los hechos que condujeron a la escisión fué puesta a prueba la lealtad de todo quisque, y ahora se trata de resolver nuestro problema, no con gritos, sino con el buen criterio de quienes fueron leales.

LA AMENAZA DE LA GUERRA

La realidad que nos amenaza es la de la guerra. No había que ser un lince para preverla hace un año, y aun tiempo atrás. Pero yo sé de alguien que, al exponerla en una asamblea hace varios meses, recibió algunos insultos y la magnífica afirmación de que no iba a haber guerra en los próximos veinticinco años. Con aleyuas así, estamos perdidos. Los cacareos son tolerables cuando anuncian la puesta de algún huevo; pero si no, cargan a Dios. Por si hay quien insiste en ellos, aquí está el huevo de la verdad, sin cacareo alguno: nos amenaza la guerra. Quizá no estalle en algunos años, pero puede estallar de aquí a unos meses; y esta posibilidad es lo que debemos tener en cuenta, especialmente en Francia.

Si se tiene en cuenta; si nuestro anarquismo es firme, pero no cae en la cobardía de presumir de valiente por temor a ser tildado de cobarde; si en vez de vociferar las pasiones — altas o bajas — piensan los sesos, y la alegre demagogia es desplazada por un profundo y sincero sentido de responsabilidad, los principales problemas que tenemos planteados presentarán un aspecto muy distinto del que, al parecer, han venido presentando hasta el presente. Sería muy arriesgado hablar en público de ellos. Ya surgirán, de por sí, donde hace falta que surjan. Pero hay un respecto al cual cabe decir algo en la Prensa: el de la escisión, que, desde luego, se cuenta entre los que cambian de aspecto a la luz de la presente — o la futura, pero muy próxima — situación. Para advertirlo, bastará tener en cuenta lo que expondré en otro párrafo.

Es de suponer que, si estalla la guerra que se está preparando, su centro de gravedad — o por lo menos, uno de los principales dispositivos estratégicos — será Francia. Y los beligerantes no se van a disputar ese país con reproches diplomáticos, con discos de propaganda ni con programas ideológicos, sino a tiro limpio, con las tropas de que puedan disponer. Nosotros podemos ser tan pacifistas como nos plazca, pero no evitaremos el conflicto. No se evitan las guerras con manifiestos, sino destruyendo sus bien conocidas causas; y a la vista está que el proletariado no ha destruido ninguna de éstas, ni siquiera algunas accidenta-

les, cuya eliminación habría permitido retardar la explosión que nos tememos. Ahora, a lo hecho — o a lo no hecho, — ; pecho! Y a los españoles nos toca darlo frente a la posibilidad de que los beligerantes occidentales — o sus contrarios, que quien con Hitler pactó podría pactar

con Franco — metan España y el Ejército español en la contienda.

NUEVA «FACHADA» EN ESPAÑA

Si eso ocurre, para nada valdrá despotricar contra quienes nos jueguen tal partida. Ni los unos ni los otros desean hoy tratar en público con Franco, y a algunos seguramente les repugna tratar con él en privado. Pero la política internacional, y especialmente cuando en su timba se juegan bazas históricas decisivas, no es cuestión de simpatías sentimentales o concordancias ideológicas, sino de crudos intereses, de conveniencias desnudas. Conveniencias e intereses darán lugar a que unos y otros beligerantes hagan su trato con el Estado español, que a la misma guerra se agarrará como se agarraría a un clavo ardiendo; y conveniencias e intereses darán lugar, igualmente, a que haya en nuestro país algún cambio de fachada, a fin de lograr que el pueblo — y no tan sólo el Estado — participe en la contienda con algunas ilusiones.

No sabemos en qué consistirá dicho cambio de fachada. Según es la tragedia, así es la decoración. El Estado español tomará el aspecto que más convenga a sus aliados. Pero, detalles aparte, sus adornos provendrán del almacén democrático o del bolchevique. Y el prólogo de la tragedia será una amnistía amplísima, más o menos engañosa, destinada a servir de base a cualquier miserable « unión nacional ». Si a eso llegamos — y acaso hacia eso tiendan los conciliábulos entre Franco y el Borbón, entre el Borbón y don Inda, entre don Inda y la logia de don Diego, con todos los cuales deben tener relación las elecciones municipales recientemente anunciadas — ¿ qué va a ocurrir en nuestras filas? ¿ Es que las dos ramas del Movimiento van a esperar a pié firme, en Francia, la eliminación de toda suerte de incógnitas?

De dos ramas he hablado, y quizá lo he hecho con poco acierto, pues me refería al Movimiento Libertario propiamente dicho, fiel a sus doctrinas y a los acuerdos del último Congreso Nacional de la CNT, y a las filas que, por otra parte, forman los disidentes « deformistas ». Con o sin la aprobación de todos éstos, es innegable que quienes han venido representándolos durante estos últimos años, han colaborado incondicionalmente en varios « Gobiernos de la República », se han codeado en ellos con los « comunistas » por considerarlos representantes o testaferros de Stalin, y han hecho y hacen aún cuanto pueden por llegar a un acuerdo con los monárquicos, los generales insatisfechos y... quién sabe con quién más. Bien cabe, pues, suponer que tales representantes del llamado « deformismo » están dispuestos a acoplarse, no en nombre propio, sino EN NOMBRE DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL, a cualquier tinglado intervencionista que se levante en España según planos extranjeros.